

REINER (Hans): *Die Entstehung und ursprüngliche Bedeutung des Namens Metaphysik*, en «Zeitschrift für philosophische Forschung», Band VIII (2), Meisenheim am Glan, 1954 (páginas 210-237).

El nombre «metafísica» se corresponde, como nadie ignora, al de *prote philosophia* y también con el de *teología* y, en ocasiones, simplemente con el de *sabiduría*. Todas estas acepciones se refieren a la filosofía aristotélica en función de lo cual la palabra apareció. Se suele de ordinario citar un trozo de Kant, de sus *Vorlesungen*, en el que cuenta recogiendo una vieja tradición como el editor Andrónico de Rodas al dar a la publicidad las obras de Aristóteles, después de las muchas aventuras que corrió la biblioteca del filósofo, no sabiendo dónde poner los libros que no trataban de la física, los puso después de ésta, por cuya razón los tituló *Tà metà tà phisikà*, es decir, los que están después de la física. Kant mismo se congratulaba de que el contenido coincidiese tan bien con la expresión, lo que justificaba el éxito que ésta había alcanzado. Apenas sin excepción se admitió esto por todos los historiadores de la filosofía, quienes han reiterado las afirmaciones de Kant. Pero resulta que hay textos convincentes y sumamente remotos en los que esta expresión u otras equivalentes aparecen empleadas por los discípulos de Aristóteles, así el propio Teofastro, quien siguió en la dirección del Liceo al fundador, se refiere a ciertas partes de la metafísica diciendo que son las que están después de la teoría primera. Y cualquier lector de Aristóteles sabe que expresiones semejantes eran empleadas por el maestro. Pero aún de modo más concreto tenemos un texto, sin duda capital, que es el de Alejandro de Afrodisia, quien dice ἦν καὶ Μετὰ τὰ φυσικὰ ἐπιγράφει τῷ τῆ τάξει μετ' ἐκείνην εἰσαπρόσ- ἡμας.

El problema en esta frase está en averiguar con exactitud qué quiere decir ese *ἠπὸς ἡμας*. No hay duda que esta expresión significa aquí algo positivo y que se refiere a un determinado orden y sentido que ya existía y que no puede ser otro que el implícito en la filosofía primera. Sin insistir más, es patente que lejos de lo que se ha creído, esta expresión de *Metafísica* no

fué pura casualidad y aventura editorial, sino que responde a una intención filosóficamente definida. Y esto cambia en parte la significación de la expresión de «metafísica». *Metafísica* no es simplemente aquello que está después de la física, sino que de acuerdo con la propia intención aristotélica, la *metafísica* está después por exigencia de lo que está antes y así se constituye un orden que es al mismo tiempo lógico y ontológico.—E. T. G.

Lorz, S. J. (Von Johannes Bapt.): *Hörer des Logos. Der Mensch bei Heraklit von Ephesus*, en «Scholastik», XXVIII (IV), Freiburg, 1953 (páginas 543-570).

El libro de K. Rahner *Hörer des Wortes* caracteriza a Heráclito como un alma religiosa que permanece en la «audición». En realidad, partiendo de las propias palabras de Heráclito se le ha caracterizado así repetidas veces. Rilke emplea también la expresión de auditor, de *oyente*, cuando se refiere a la actitud de quien escucha la palabra de Dios. Ahora bien, Heráclito llama auditor del Logos al hombre. El ser humano es la única realidad que puede pensar y su pensamiento se constituye por la audición de la voz fundamental, el Logos, que los cristianos tradujeron por verbo. El Logos constituye el fundamento del hombre para Heráclito de manera que la audición del Logos no es simplemente escuchar, sino también escucharse. Para Heráclito oír significa ponerse en contacto con lo profundo, juzgar, como él dice, sobre las mayores cosas. Oír el Logos es, por consiguiente, tanto como la pronunciación en nosotros de la voz permanente de la razón, que a su vez es voz «de lo otro». El Logos nos es lo más próximo, su audición es un escuchar al oído, lo que sugiere de suyo una inacabable serie de temas cristianos. Oír no es comprender, tampoco es estrictamente un raciocinio, hay que entenderle mejor como una puesta en contacto del ser humano con su esencia, que le lleva igualmente a la conexión con lo más alto. El Logos es siempre el mismo, la continua guerra de los elementos no altera la permanencia y unidad constitutiva del fundamento. En esto, como en tantas otras cosas, Heráclito, fiel a su tiempo, coincide en los presupuestos con

Parménides. Quizá esto explique el sentido trágico que la vida humana tiene para Heráclito. La audición del Logos, luego de dar la comprensión de la vida, nos pone simplemente junto al ser. Porque el fundamento gusta de ocultarse y el Logos es su modo de aparición. Así el ser humano que habla con razón habla desde un fundamento que no se desvela ni en la opinión ni en lo común. Sólo algunos saben y pueden escuchar al Logos y con esto constituirse en sabios, aproximarse a un tipo de sabiduría que coincide plenamente con la intimidad religiosa.—E. T. G.

TECOZ HENRY (Francois): *L'arte regia di Socrate*, en «Rivista di Filosofia», 1953, vol. XLIV, núm. 4, págs. 416 y siguientes.

Según Jenofonto (Memorias, I, 1, 16), Sócrates, entre otras preguntas, se hizo la siguiente: ¿Qué cosa es el Estado, la política, el gobierno del hombre y el hombre de gobierno? Y consideraba indigno de un hombre libre no poder dar a ella cumplida respuesta.

Para esclarecer la naturaleza propia de la actividad política, Sócrates la parangona con otra actividad humana. El lenguaje griego facilita el parangón, pues para el griego toda actividad es un «arte», en un sentido parecido al que actualmente damos a la palabra «técnica».

Una técnica deberá ser la política auténtica. Mas esto significa dos preguntas: ¿Qué grado ocupa en la jerarquía técnica? ¿Será una técnica como las otras, una habilidad más, productiva de un resultado utilizable para todo fin?

A la primera pregunta Sócrates responde que se trata de la más comprensiva de las técnicas. La política ejerce su autoridad sobre todas las artes, que le están, sin excepción, subordinadas. De ahí su calificación de *arte regia*.

Esta última denominación lleva implícitamente resuelta la segunda pregunta. La política no es un medio de acción o un instrumento; si lo fuese, no merecería aquella calificación. Su función es otra. ¿En qué consiste?

La política representa la ciencia cuya adquisición imposibilita el uso incorrecto y dañoso de las infinitas acciones que nos procura la técnica.

¿Qué entiende Sócrates por utilización correcta de los medios de acción disponibles? Según los dictados de la ciencia del bien. No hay más valor auténtico que la cualidad moral del sujeto. Esta ciencia del bien nada tiene de común con lo que llamamos comúnmente ciencia, pues ésta no es otra cosa que medios de acción, cuyo buen uso depende de nuestra orientación moral. Y la ciencia del bien es precisamente la que determina esta orientación. La adquisición de esta ciencia no procura al sujeto una información más, sino que le «formará».

La actividad específicamente política consiste, pues, en usar toda técnica para buen fin, esto es, para el bien de la comunidad y de quienes a ella pertenecen, sin apreciar el interés personal del gobernante. ¿Qué se entiende por bien?

Si no hay un criterio absoluto que permita apreciar el comportamiento, si todo programa de acción es legítimo, si cuando se habla de bien y de mal sólo nos referimos a palabras, la actividad humana no tiene sentido, y la fuerza bruta se enseñorea de todo. Y no es suficiente objeción la variedad de concepciones concretas del bien, cuando en el fondo se coincide en las mismas fórmulas morales que todos aceptan.

El acceso al arte regio sólo puede, pues, obtenerse con un esfuerzo prolongado y tenaz del sujeto sobre sí mismo, con acción interior. Este esfuerzo lleva a una purificación de conciencia destinada a transformar ésta en algo más iluminado en cuanto a la Naturaleza y fin del hombre. Porque así reside el conocimiento de su verdadero bien. Y el que se esfuerza en este sentido Sócrates lo llama «filósofo».

Lo que resulta imperdonable —advierte Tecoz— a los ojos de Sócrates, es la serena y complacida ignorancia de las condiciones morales que debemos satisfacer para practicar, al menos en cierta medida, una política digna de este nombre. Esta ignorancia inconsciente que pasa por sabiduría, es un error imperdonable; porque para intentar obrar correctamente en la práctica de la vida, es preciso tener un ideal y que este ideal no sea una quimera o una monstruosidad.—I. PEDRÓ PASTOR.